

# La abyección y las formas miserables<sup>i</sup>

## Los Miserables

La palabra subversión se refiere a la división de la sociedad en opresores y oprimidos y, al mismo tiempo, a una calificación topográfica de estas dos clases cuya posición relativa simbólica es la de alto y bajo: designa una inversión (a real o tendencial) de estos dos términos opuestos; subversivamente, lo bajo se vuelve alto y lo alto se vuelve bajo, por lo que la subversión exige la abolición de las reglas que fundamentaron la opresión.

Si se representara esquemáticamente la subversión de la sociedad, las palabras opresores y oprimidos no designarían la totalidad de los opresores y oprimidos (que por necesidad corresponden a la totalidad social) sino sólo a aquellos opresores y oprimidos para quienes cada opresión impuesta no es compensada, en principio, por una opresión sufrida equivalente y viceversa. Los movimientos de atracción y de repulsión que fundamentan la subversión, se sitúan pues, dentro de la región heterogénea (que es la única que escapa al principio de compensación); en el dominio de la heterogeneidad, la subversión sólo tiene repercusiones en la medida en que la estabilidad de este dominio depende de las reglas generales de opresión establecidas por cualquier sociedad dada.

En última instancia, los opresores deben ser reducidos a la soberanía en su forma individual: por el contrario, los

oprimidos están formados por la masa amorfa e inmensa de la población miserable.

Pero las fuerzas imperativas no ejercen su acción coercitiva directamente sobre los oprimidos: se contentan con excluirlos prohibiendo cualquier contacto. El esplendor de la soberanía no es más que la consecuencia del movimiento de aversión que la eleva por encima de la masa humana impura. La explotación miserable es abandonada a los organizadores de la producción (a los representantes de la sociedad *homogénea*), especialmente a la policía, es decir, a una parte de la población que es en sí miserable; las profundas divisiones internas de los miserables terminan así en un sometimiento infinito.<sup>ii</sup>

El elemento básico de la subversión, la población miserable, explotada para la producción y aislada de la vida por la prohibición de contacto, es representada desde fuera con repugnancia como la escoria del pueblo, el populacho y la *alcantarilla*. Sin embargo, el disgusto, derivado de la soberanía que lo vive intensamente y lo comunica a la mayoría, no se limita a estas expresiones banales. El profundo desgarró que opone los diversos aspectos de la existencia se revela aún más en la ambigüedad de la palabra *miserable*. La palabra *miserable*, que al principio evocaba lástima se ha convertido ahora en sinónimo de abyecto: ha dejado de solicitar hipócritamente lástima para exigir cínicamente aversión. Esta última palabra expresa una ira destrozada por el disgusto y reducida a un horror silencioso: implica una actitud regida por sentimientos de angustia o de excesiva grandeza cuya tristeza se asocia con un valor humano más amplio. Aparece así

situado en la confluencia de los múltiples impulsos contradictorios que exige la existencia sin rumbo de los desechos humanos.

En la expresión colectiva, *los miserables*, la conciencia de la aflicción ya se desvía de su dirección puramente negativa y comienza a plantearse como una amenaza. De todos modos, en principio, ninguna actitud positiva ni ninguna tendencia activa justifica la exclusión que expulsa a las víctimas de la miseria fuera de la comunidad moral. En otras palabras, la miseria no compromete la voluntad y los disgustos tanto de quienes la experimentan como de quienes la evitan: se vive exclusivamente como impotencia y no deja posibilidad alguna de afirmación.

Así, la existencia imperativa y la abyección social se oponen también como activa y pasiva, como voluntad y sufrimiento (la existencia imperativa corresponde exactamente a lo que se llama voluntad, y la miseria al sufrimiento). La abyección del ser humano es incluso negativa en el sentido formal de la palabra, porque tiene en su origen una ausencia: es simplemente la incapacidad de asumir con suficiente fuerza el acto imperativo de excluir las cosas abyectas (que constituyen el fundamento de la existencia colectiva). La suciedad, los mocos y las alimañas son suficientes para hacer que un infante sea despreciable; su naturaleza personal no es responsable de ello, sólo la negligencia o impotencia de quienes lo crían. La abyección general es de la misma naturaleza que el niño; siendo sufrida por la impotencia frente a determinadas condiciones sociales:

es formalmente distinta de las perversiones sexuales en las que se cultivan cosas abyectas y que derivan de la subversión.

El proceso social de segmentación de la sociedad, que separa a los nobles de los miserables no es un proceso simple: la abyección personal y sobre todo, la abyección de una clase, presuponen una restricción. La prohibición de contacto por la que los nobles consagran la abyección de los miserables, es sólo una sanción resultante de la alteración que resulta de la coacción. En general, el acto imperativo que excluye los objetos abyectos es perpetrado por todos los hombres, pero su poder y rigor varían según las condiciones sociales en relación con la tensión que se requiere. Es fácil entender que más allá de cierta cantidad de trabajo diario, se agotan todas las tensiones disponibles: no sólo las innumerables víctimas de dolencias físicas o mentales, sino la mayoría de los trabajadores no tienen la capacidad de reaccionar con fuerza contra la suciedad y la decadencia que los invade. A causa de la restricción, la vida de la mayoría de los hombres se sitúa por debajo del nivel humano de la *actitud imperativa* y es apropiado que los ricos insolentes evoquen la bestialidad de los miserables: han privado a estos desheredados de la posibilidad de ser humanos.

Así, la abyección humana resulta de la imposibilidad material de evitar el contacto con las *cosas* abyectas: no es más que la abyección a las *cosas* transmitidas a quienes están expuestos a ellas.

## Cosas abyectas

Es imposible dar una definición positiva, general y explícita, de la naturaleza de las cosas abyectas. Las cosas abyectas pueden definirse (empíricamente) por enumeración y por descripciones sucesivas (negativamente) como objetos del acto imperativo de exclusión.

Dado que el valor específico de las cosas abyectas está limitado, definido e incluso en cierta medida determinado por el acto imperativo de exclusión, es necesario investigar en primer lugar la naturaleza de este acto.

El acto de exclusión tiene el mismo significado que la soberanía social o divina, pero no se sitúa en el mismo plano: se sitúa en el dominio mismo de las cosas y no, como la soberanía, en el dominio de las personas. Se diferencia, por tanto, de la misma manera que el erotismo anal se diferencia del sadismo. Para conectar las formas recientemente descritas con experiencias vividas discretas, es posible además presentar el cuadro completo en el que el acto imperativo de exclusión se asimila al erotismo anal y la soberanía al sadismo: esta concepción tiene la ventaja de inscribir las dos formas introducidas aquí dentro de la unidad descrita por el psicoanálisis bajo el nombre de tendencias anales sádicas.

Sin embargo, el acto de exclusión es, en primer lugar, sólo el aspecto correlativo del erotismo anal, así como la soberanía es sólo una forma particular de sadismo.

Por erotismo anal entendemos una combinación de actitudes positivas y negativas, mientras que el acto imperativo de exclusión es por definición estrictamente

negativo. Este acto que podría encontrarse exactamente en la conducta anal (cuando se aplica con exclusión de los excrementos) es sólo uno de los constituyentes fundamentales de esta conducta.

En la infancia, es decir, en el momento en que se forman las actitudes, el acto de exclusión no se asume directamente: es comunicado al niño por la madre mediante muecas y exclamaciones expresivas (la posibilidad de esta comunicación surge del principio de contagio). Bloquea el interés inmediato del niño por sus propios excrementos y sólo cuando posteriormente tiñe un interés, su persistencia desempeña un papel en el erotismo anal. Mientras tanto, la actividad erótica en su forma banal, limitada a las funciones digestivas, mantiene la repulsión en su integridad. Sin embargo, cuando los excrementos permanecen demasiado tiempo en los intestinos, no son objeto de ningún atractivo positivo; por el contrario, mantienen la conducta en la tensión imperativa de la exclusión: el valor positivo de esta actitud resulta únicamente del placer derivado de la retención (en oposición al acto) de la necesidad de excluir. Así, una descripción completa de la forma clásica del erotismo anal muestra que éste sólo se diferencia del acto imperativo de exclusión en su duración: la duración introduce la posibilidad de una alteración, de un cambio radical de valor en el sentido de que, en su forma duradera, el proceso se convierte en objeto de un profundo interés positivo (el placer derivado de la retención): pero este interés positivo se centra en el proceso mismo (y no directamente en su objeto, los excrementos); la estructura elemental del acto imperativo,

que implica el valor negativo de la excreta, ha permanecido intacta.

El sadismo es sólo la dirección de la fuerza representada por la dirección obviamente imperativa del acto de exclusión contra las personas. Pero esto se presta más al uso erótico que a la dirección fundamental contra las cosas: abusar de las personas permite prolongar indefinidamente las tendencias a matarlas. El sadismo encuentra su camino a partir de simples relaciones sexuales, tan pronto como las partes impuras (o al menos la impureza vagamente prevista) de una pareja se convierten en objeto de una obsesión más o menos consciente: la tendencia general a excluir la impureza se manifiesta entonces en la forma de la crueldad ejercida sobre una persona. En este caso el proceso es incluso más fácil de entender que en el del erotismo anal: el goce erótico reprimido se produce en función de la aversión abrumadora hacia las cosas abyectas, sólo desaparece la dirección moral inherente a esta aversión.

Bataille, G. (1970). *L'abjection et les formes misérables*. En *Œuvres Complètes. II Écrits posthumes 1922-1940* (pp. 117-221). Gallimard

---

<sup>i</sup> (Bataille, 1970)

<sup>ii</sup> La existencia miserable consiste precisamente en que es producida, contrario a la instancia imperativa, en la forma de innumerables divisiones y desgarres animados por el odio y la repulsión recíproca de sus partes: la unión de lo miserable es reservada a la subversión, a las revueltas convulsivas contra las leyes que los esclavizan al odio.